

VIAJE A MIGUEL HERNANDEZ

Por ELISEO BAYO



La leyenda tiene siempre un poder corrosivo. Disuelve los contornos de la realidad y escamotea el verdadero rostro de los hombres y de las cosas. Se introduce en la vida cuando los pecados de omisión y de comisión le abren la puerta. Si la Historia no es suficientemente diáfana y si ha sufrido una serie de traumas profundos, el humo de la leyenda se tornará cada vez más espeso y será difícil encontrar la exacta dimensión del esqueleto y los nervios de los hechos. Habrá llegado la hora de los traficantes y de los violadores de tumbas.

Existen muertos inmemoriales, vinculados para siempre a la conciencia cotidiana de los pueblos. Son muertos lejanos cuya obra nos ha llegado cuando los huesos se han convertido en polvo y cuando ni siquiera es posible localizar el lugar exacto donde reposan. Algunas veces los muertos son tan distantes que parecen no haber existido nunca sobre la tierra.

Otras veces, cuando por un momento desaparece el humo de la leyenda, los muertos cobran vida junto a nosotros. Nos adentramos cada vez más en su circunstancia, recorremos las calles por las que anduvieron, tocamos los objetos que circunscribieron su historia y volvemos a revivirlos. Cada cosa, cada presencia habla del hombre desaparecido y, por un momento, parece que todo gira alrededor de él. La vida se venga de la muerte y quiere hacerle pagar su deuda, caprichosa e inexorablemente. Los muertos prematuros engendran un sentimiento de culpabilidad, una comezón entre aquéllos que los vieron desaparecer. La historia empieza a vencer a la leyenda.

Llegué a Orihuela de noche. Dos veces había estado, casi furtiva y velozmente, en la Oleza de Gabriel Miró, en la Orihuela "satánica y sotánica" de Neruda y en la Orihuela, a secas, de Miguel Hernández. Camino de Murcia, había dado un brusco frenazo cuando apareció el cartel anunciador de que me hallaba en el término municipal de una ciudad de hondo significado histórico. Recorrí rápidamente sus calles, el tiempo suficiente para ver casi realmente a Miguel Hernández y a Ramón Sijé abrazados por el hombre, absortos en sus lecturas y en sus diálogos fraternales. Me había dejado llevar por el peso de la leyenda, juzgué que había llegado la hora de hablar de los muertos y me propuse volver.

Dormí inquietamente aquella noche. Era Jueves Santo y, a pesar de la conmemoración litúrgica y de lo avanzado de la madrugada, varios grupos de trasnochadores formaban tertulias en las calles y se introducían en las cafeterías. El ambiente olía a churros y a chocolate.

¿Sería difícil encontrar la pista de los muertos? ¿Se habrían borrado definitivamente sus huellas, difuminadas por el trasiego de la vida? ¿Encontraría los recuerdos cerrados a piedra y lodo? Desde el

balcón del hotel se divisa la sierra parda y estéril, carcomida de cuevas, donde se refugiaba Miguel para leer ávidamente sus primeros libros. El Seminario donde pasó sus últimas horas en Orihuela. El río de aguas turbias y jabonosas que atraviesa la ciudad. Los tejados de barro cocido. La calma de una comunidad que se cuece en su pequeña salsa de cada día. Horas más tarde, se entregaría en una hoja gastada por el uso la elejía de Gil Fournel a Miguel Hernández, remitida a los hermanos de éste. Los últimos versos dicen:

He aquí hoy tu ciudad, Miguel.
La senda cabría sigue tan triste
como lo fue en otro tiempo.
Y la montaña más sombría.
Modesta es la calle del poeta Miguel.
Pero tu nombre, Miguel,
se ofrece sin cesar
al sol ansiado de aquéllos
que aún viven en la sombra.

Cincuenta y seis años cumplidos tendría ahora Miguel, y si volviera a Orihuela, advertiría pocos cambios. Es verdad que los huertanos han invadido la ciudad, y han casi desaparecido los rentistas. Es verdad que la Vega Baja del Segura, cuya capitalidad económica ostenta Orihuela, ha encontrado la forma de convertir en oro la tierra y sus frutos, y que las Cajas de Ahorro de la pequeña localidad guardan en sus cajas ciento cincuenta millones de pesetas, y que algunos profesionales —entre ellos los médicos, como me informó rigurosamente un oriolano de pro— perciben ingresos de un millón de pesetas anuales. (También es verdad que no existe una preocupación por industrializar el campo y que cada año se forma una caravana de camiones que transportan las frutas para las industrias situadas a centenares de kilómetros de Orihuela. Y también es verdad que existe el paro y que casi han desaparecido las instituciones culturales que hicieron posible la aparición literaria de Miguel Hernández, de Ramón Sijé y Gabriel Miró).

Caminar por Orihuela, hoy, es andar abrumado por los muertos. Encontrar su pista, para el que viene sin ninguna referencia y sin otra orientación que el impulso del sentimiento, es tarea ardua. Miguel Hernández está demasiado enterrado en su pueblo. Y ya hace mucho tiempo que nadie visita la tumba del compañero del alma, tan querido, Ramón Sijé. Por una coincidencia encontré primero la pista de éste que la de aquél.

Veintitrés años escasos tenía Ramón Sijé cuando murió. Miguel le hizo la mundialmente famosa Elegía:

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupa y estercolas,
compañero del alma, tan temprano...

José Marín Gutiérrez pasaría a la página de la literatura con el seudónimo de Ramón Sijé. Es difícil encontrar una amistad tan plena como la que unió las vidas de Miguel Hernández y José Marín. Miguel llamaba padres a los de éste y se sentía más vinculado a ellos que a los suyos propios. Ramón Sijé lo introdujo en la revista que por aquel entonces se editaba en Orihuela, el Gallo Grisís, y él fue quien alentó su marcha a Madrid y quien le preparó la maleta. Miguel recurría constantemente al amigo del alma cada vez que su situación económica le abocaba al borde de la miseria. La mayor parte de las cartas que se conservan de Miguel, están llenas de peticiones de socorro, escritas en un tono tremendamente humano y sencillo (poco sospechaba él que aquellas cartas habrían de dar la vuelta al mundo). Suplicaba que se le enviara lo justo para comer y para pagarse el tren de regreso a Orihuela. Alguna vez recurrió a alguna treta inocente para viajar gartis que, indefectiblemente, le salía mal, como aquella ocasión en que utilizó el billete nominal de un amigo y, descubierta la trampa en el tren, fue conducido a la cárcel de Alcázar de San Juan, donde quedó retenido hasta que Ramón pudo reunir algún dinero y remitírselo.

Ramón Sijé murió repentinamente, "como del rayo". Algunos testigos de aquella época con quienes pude hablar en Orihuela me informaron de que era macrocéfalo y de que, probablemente, padecía de leucemia. La familia de Ramón Sijé se disolvió en medio de las circunstancias más trágicas. Su hermano y su madre murieron con la razón perturbada y, hace unos años, el padre fue atropellado y murió bajo las patas de un asno.

Es mundialmente conocida la elegía de Miguel Hernández a la muerte de Ramón Sijé. Pero no han sido divulgadas suficientemente las palabras que pronunciara Miguel el 14 de Abril de 1936, en el acto de descubrir una lápida a la memoria de Ramón. Las transcribo del libro "De mi vida: hombres y libros", escrito por el abogado oriolano José Martínez Arenas, el mecenas de Miguel. He aquí algunos fragmentos de la alocución:

"He sabido con emoción que en su entierro se disputaba el peso de su cuerpo en el ataúd, y sé que él lloraría de emoción en la intimidad de las tablas, a que todos estamos destinados, como sólo saben llorar los muertos, sin necesidad de lágrimas, voz, ni ojos. Sé que su alma anda desde hoy —con la precipitación con que solía andar su corazón y su cuerpo—, anda y recorre esta plaza, y le complace su soledad cotidiana, que acrecientan las siestas, las lluvias y las casas cerradas.

"Hemos perdido a Ramón Sijé, a un genial escritor, si aún temprano de sazón, ya tardía de humanidad. Con una luz sobrenatural en el corazón y en el entendimiento lo veía todo, lo sentía todo, lo sugería, lo angustiaba y le hacía vivir, muriendo, todo: desde el sentimiento del amor hasta el pensamiento de la muerte. Fue un héroe y resistió, mientras pudo, a pie firme las violentas tempestades que se organizaron y chocaron de continuo entre su corazón y su cerebro. Pocos hombres han vivido una vida interior tan intensa y sangrientamente volcánica, como Ramón Sijé. Veintidós años contó sobre la tierra, y se ha llevado la dolorosa experiencia de ciento bajo ella. Cayó agotado por la tremenda pelea inacabable de sus pensamientos y sus sentimientos, sus trabajos y sus fatigas. Un día escribiré las memorias de su vida, que a cada paso y recuerdo adquiere en mí más caracteres de tragedia...".

La vida de Miguel fue una lucha contra la soledad. Si de él se dijo tan patéticamente que moría solo, de igual manera se puede afirmar que vivió solo. La muerte de Ramón Sijé anticipó un poco la suya propia. Miguel Hernández fue hombre en continua donación de sí mismo; dilapidó su salud por anteponer las necesidades ajenas a las suyas; no toleró llevarse a la boca un trozo de pan si había alguien a su lado que estuviera en ayunas. Y así, dándose y no pidiendo nunca a cambio, sintió que el tífus le apesaba y que los pulmones se deshacían en su caja torácica, donde únicamente crecía y se desbordaba el corazón. Muy pocos de los que le rodearon en vida, salvo los hombres anónimos y colectivos, le merecieron. Más aún, con su amor y su dedicación elevó a los suyos a un lugar que no les correspondía. Después de muerto, muchos se han repartido sus vestiduras y se han erigido en plañideras de su desaparición. Miguel lo intuyó y le sobrecogió un hondo espanto; no dudó en redoblar su dedicación y resolvió, en términos dramáticamente poéticos, la angustia que le roía. Pocas cartas más emotivas pueden leerse como la que escribió a los padres de Ramón Sijé: "Queridos padres: Mi dolor es tan grande como el vuestro. No sé qué decir para consolaros, porque no encuentro palabras. Podéis creer que vuestro hijo está conmigo y lo tenéis en vida. No encontraba el momento de escribiros y ninguno me parece oportuno. Os pido mucho ánimo para seguir la lucha a que nacemos todos condenados hasta que descansen todos. Recibo muchas manifestaciones de cariño para vosotros y pienso ir a Orihuela para hacer lo que como hermano le debo. No os dejéis caer en el dolor desesperadamente y haceos cuenta que está aquí conmigo. Como yo me quiero hacer la ilusión de que está con vosotros. No quiero decir más: os abraza estrechamente vuestro hijo, Miguel".

Después de un día en Orihuela —entre los preparativos de la magna procesión del Viernes Santo, que atrae cada año a millares de turistas, y la visita a los monumentos históricos de la villa, almacenados siglo tras siglo, por la importancia estratégica del lugar— localicé, guiado por don Emilio Bregante, abogado y fino conocedor de la ciudad, a Vicente Hernández, hermano mayor de Miguel.

Vicente siguió a su padre en el negocio de las cabras. Las compraba en la región alicantina y las trasladaba al mercado de Barcelona. Fracasó pronto en la empresa y entró a trabajar en una empresa algodonera de Orihuela. La grave crisis de esta industria le ha dejado sin trabajo, junto a cien empleados más. Con la indemnización que obtuvo montó un colmado en uno de los barrios de reciente construcción.

Vicente es poco amigo de las palabras. Ha tenido que repetir muchas veces la misma historia que le recuerda la amarga suerte de su hermano desaparecido. Pero cree que es un deber hablar del hermano, y, poco a poco, se deja llevar por el fuego de los recuerdos. Se negó a acompañarme a la casa donde nacieran porque, vendida de mala manera y precipitadamente, no son bien acogidos —él y sus visitantes— por los actuales inquilinos. Me indicó, no obstante, la dirección y al día siguiente me encaminé a ella. Es la típica vivienda de los cabreros, una casa de una planta con los corrales pe-

gados a la falda de la montaña. Trepé por el camino empedrado y me encaramé en la tapia para obtener algunas fotografías del corral. Allí estaban todavía las higueras, pequeñas y de tronco retorcido, de cuyas ramas pendía Miguel una regadera en pleno invierno para ducharse cara a la montaña. Me salieron al encuentro algunos vecinos que recordaban cómo aquel muchacho, con "cara de patata recién sacada de la tierra", como lo describiera Pablo Neruda, repartía la exigua cosecha de higos y se lanzaba al monte con un montón de libros debajo del brazo, silbando una tonadilla, dejando a las cabras ramonear a su antojo, mientras él se sumía en la lectura de los libros que le prestaba el actual Obispo de León, don Luis Almarcha.

José Martínez Arenas me enseñó, por la noche, un ejemplar de las obras de Virgilio, traducidas por fray Luis de León, que le regaló el Obispo de León. En la primera página se puede leer: "En este viejo libro de mi biblioteca conocí a Virgilio, a través de fray Luis de León, Miguel Hernández. Lo leyó y lo releó hasta sabérselo de memoria. Hago donación del mismo a la biblioteca del gran oriolano y cordial amigo mío don José Martínez Arenas".

Don Luis Almarcha, en unas notas redactadas para Martínez Arenas, narra algunas anécdotas de Miguel. Explica cómo nació entre ellos una profunda amistad, al margen de las ideas políticas y religiosas. Don Luis Almarcha y Martínez Arenas financiaron la primera edición de "Perito en Lunas", publicada por "La Verdad", de Murcia. El Dr. Almarcha puso su biblioteca a disposición de Miguel, que hizo uso ávido del ofrecimiento. Un día, don Luis Almarcha encontró muy preocupado a Miguel.

—¿Quiere ver unos versos?

Estaban escritos a lápiz.

—Oh, muy bien, Miguelico; me gustan.

Y él, con su sonrisa ingenua, me dijo:

—Pues me han puesto una multa, porque mientras escribía no he visto ramonear las cabras...

—No te asustes; diré al señor Miguel (su padre), que la pague, y si no, abriremos una suscripción entre los amigos. Sigue haciendo versos, pero en la noche; para el día llévate de casa los libros que quieras...

"La multa no se la pusieron, pero ni las cabras han encontrado otro pastor más distraído, ni mis libros otro lector más atento".

Trepé por la montaña hasta las cuevas en las que se refugiaba Miguel para leer y escribir. Desde ella, la ciudad queda distante y ajena: una salida y una válvula de escape para el hombre que no cabía entre las callejas del barrio cabrero. Pero el silencio y el refugio de Miguel no eran inviolables. Su padre hacía pronto su extemporánea aparición y a correazos —como me explicó después Filomeno Bas, amigo de la infancia de Miguel— lo enviaba de nuevo al monte.

Vicente Hernández asevera también la veracidad de esta conducta paterna.

—Por las noches —dice—, Miguel escribía en silencio, a la luz del candil. Pero, en seguida, entraba mi padre y daba una patada a la mesa de los libros.

—¿Cómo ve usted a Miguel?

—Era un roble. Era cariñoso y afable, pero era, también, intransigente para defender lo que él creía su derecho.

Martínez Arenas me cuenta cómo Margarita Xirgu había prometido estrenar una obra de Miguel y le invitó a una representación.

Al terminar, la Xirgu quiso conocer la opinión de Miguel y obtuvo esta respuesta:

—Por usted, me parece muy bien, pero el resto de la compañía...

—¿Pero, qué siente usted —le pregunto a Vicente— cuando se habla tanto de Miguel?

—No lo comprendimos mientras vivió con nosotros. Fue un parto extraordinario que echó mi madre.

Su hermana, que tiene un despacho de pan, es igualmente parca en palabras, pero el dolor aflora a ella cuando tiene que hablar de Miguel.

—Está bien que hablen de Miguel —dice— pero a él de nada le sirve. No ha recogido su cosecha y se murió sin sospecharla siquiera.

—Fue uno más entre nosotros —explica Filomeno Bas—. Todo lo que se ha dicho después de él nos sorprendió porque ni siquiera podíamos sospecharlo. Sin embargo, no era un chico como los demás. No tenía nada suyo y sólo le interesaba una cosa, leer. A escondidas de su padre, ordeñaba las cabras y nos daba un pote de leche. Yo subía muchas tardes al monte y me enseñaba su escondrijo. Hablaba mucho y yo apenas le entendía. A veces, le asaltaba una inquietud extraña y se echaba a correr el monte; después nos reuníamos con otros amigos y nos íbamos a robar dátiles.

"Entonces, Miguel, jugaba en la "Repartidora", un equipo de

fútbol que habíamos creado con mucho entusiasmo. Miguel, cuando salía al campo, parece que se desfogaba de tantas estrecheces como pasaba en el pueblo. Le pedimos que nos escribiera el himno del club, le entusiasmó la idea, se sentó en el suelo y, en un abrir y cerrar de ojos, compuso nuestra canción.

—¿La recuerda todavía?

—¡Cómo olvidarla si la cantábamos a todas horas en la taberna y en las calles! Se basó en la música de "Por la calle de Alcalá", y decía así:

Vencedora surgirá,
porque lo ha mandado el "Pa",
la terrible y colosal Repartidora.
Por las calles marchará
y el buen vino beberá
porque siempre victoriosa surgirá.
En la tasca habrá que ver
la ilusión con que al vencer
mostrará siempre en su cara lisonjera.
Todo el mundo la verá
bulliciosa y "descará"
porque siempre victoriosa surgirá.
Grande es la triunfal defensa,
el Rosendo y Manolé,
Pepe, Paco y el "Botella",
todos formidables, saben convencer.
Ya la repartidora

vence con gran poder
mientras que el otro llora
por no poder vencer.
Salta ya Panamá
brilla el moscatel,
que el vinillo está que parece miel.
Ya venció la Repartidora,
su cancaón cantando va.
Surge clara y triunfadora
con su voz sonora
ya casi "apagá".

Miguel Hernández, corrió hacia la muerte con paso veloz e inextinguible. Cuando terminó la guerra pudo haberse marchado a Chile, a donde le reclamaba Pablo Neruda, pero, después de una salida frustrada a Portugal, sintió la llamada de su mujer y de su hijo, que se habían quedado en Orihuela. Y de allí salió, en septiembre de 1940, para no volver. Sus restos descansan actualmente en el nicho 1.009, grupa 68, andana 1, del cementerio de Alicante. Varios autores trabajan actualmente en la biografía de Miguel y ya han dado la vuelta al mundo otras que les precedieron. La leyenda de Miguel Hernández se hace historia día a día, hasta que su rostro será tan nítido como el paisaje que le vio nacer.

(Publicado, en la Revista "Destino" de Barcelona, el 13 de mayo de 1967).



El último mensaje de Miguel

Pasados los días de Navidad, me he puesto a leer a Miguel Hernández, mi poeta favorito. En estos días, aun con el eco navideño, recordándonos el perdón, la paz y la coexistencia entre los hombres todos, Miguel me ha sorprendido con este mensaje, el último que nos transmitiera:

Adiós, camaradas, hermanos, amigos:
despedidme del sol y de los trigos.

Miguel, «puesto ya el pie en el estribo», su voz por los andamios del silencio, expresa, conforme puede, su deseo de despedirse fraternalmente de cuanto le rodea. Tal San Francisco de Asís muriendo.

Sus ojos, hundida en ellos la sonrisa, pero con un raro fulgor exultante, vuelan, a través del ventanillo de la enfermería, al campo cercano... Allí verdean ya los trigales bajo el sol puro de la mañana primaveral. ¿Acaso el poeta no veía en el verde esperanzador un símbolo de la España incipiente? ¡Quién sabe! Lo cierto es que la agonía de su vida toda fue en lucha, más o menos, por desterrar los odios entre españoles. ¡Por tantos caminos se puede llegar a Roma!

Por eso, el mensaje hernandiano leído en los días posteriores a la Navidad, me ha hecho pensar en los hombres de buena fé, pertenecientes a las más diversas tendencias y partes del mundo. Hombres, todos camaradas, hermanos, amigos...

MANUEL CUEVAS

Tabernes, Enero 1.968.